

(Transcripción no revisada por el autor)

RETIRO RAMA FAMILIAR 1995 POLARIDAD HOMBRE-MUJER

Primera charla

Este año hemos agregado a nuestro lema la frase: *Padre, por tu misión*, familias santas. Siguiendo tu misión, lo que tú nos encargaste aquí en este lugar santo de Bellavista, queremos asumir, tomar sobre nuestros hombros, esa misión que tú nos legaste. Desde aquí, surgirán, saldrán, trabajarán, hombres santos, decía el Padre el 31 de Mayo de 1949. Aquí se impondrán santas tareas sobre débiles hombros... Y éstos somos nosotros. Nosotros somos aquellas personas que el Padre vio en su anhelo, en su sueño, desde Bellavista.

Cuando el Padre partía desde Bellavista hacia Milwaukee, y se despedía del pequeño grupo que lo acompañaba, dijo: Me voy tranquilo en la confianza de que, en el futuro, vendrán hombres y mujeres que asumirán la misión que proclamamos desde este lugar.

Familias santas... Estamos abriendo, para la Iglesia, un camino nuevo de santidad. Ya lo hemos reflexionado y conversado en otras ocasiones. En la Iglesia tenemos ejemplos muy claros de santidad sacerdotal, monacal, de religiosas santas. Pero queda mucho por hacer para abrir el camino hacia un tipo de santidad matrimonial. Tenemos mártires, confesores, vírgenes, santos. Pero matrimonios santos, aún no tenemos muchos. Y tenemos la confianza y la certeza de que, a la sombra de este Santuario de Bellavista, crecerán, saldrán y trabajarán fecundamente matrimonios santos, que sean la base y fundamento de familias santas.

Es eso lo que nos impulsa interiormente. El año pasado, nos abocamos a gustar un poco qué significa la plenitud de nuestro amor como pareja, porque la santidad consiste en

amar profundamente. Esa es la quinta esencia de la santidad. Y por eso, en el retiro anual del año pasado, también siguiendo a nuestro Padre, nos planteamos la pregunta de cómo poder lograr la plenitud de todas las formas del amor matrimonial. El amor matrimonial es riquísimo. Abarca desde lo corporal, sensible, instintivo a lo espiritual, a lo sobrenatural. Y nosotros no queremos dejar atrás ninguna forma del amor.

Por otra parte, decíamos que queremos crecer en la purificación de ese amor. Llegar, desde los grados más primitivos de un amor matrimonial, que es primariamente egoísta, a un amor de entrega heroica al tú.

Este año queremos dar un nuevo paso. Quisiéramos quedarnos en el mismo ámbito pero preguntarnos: Ese amor como pareja, ese amor que es la viga maestra de la familia y de la santidad familiar, es el amor de un hombre y de una mujer, de un varón y de un hombre. Es un amor que entraña una polaridad. Todo amor es polar en el sentido que se aman dos personas distintas. Sin embargo, en el matrimonio, esto adquiere una fuerza, un perfil mucho más acabado, porque se trata del amor de un varón que tiene que amar como hombre, virilmente, y de una mujer que tiene que amar con todo su corazón de mujer.

Queremos encaminarnos hacia lo que sería la típica santidad del varón como esposo, como padre, y de la mujer como esposa, como madre. Este año, dejaremos un poco de lado la santidad como padres, como papá, como mamá, santidad que nos abre todo un horizonte. En esta oportunidad nos concentraremos en nuestra santidad como esposo y como esposa; un esposo santo, una esposa santa para un matrimonio santo, para una familia santa.

Tocamos con esto un tema que es de extraordinaria importancia y riquezas desde muchos puntos de vista.

En primer lugar, por nosotros mismos, por cada uno de nosotros como persona. Queremos preguntarnos qué tenemos que ser como hombre, como varón; qué espera Dios de mí al haberme creado como un varón; y qué espera Dios de mí al crearme como mujer. Cómo tengo que encarnar el ideal de santidad específicamente varonil, como hombre, y el ideal de santidad femenina, como mujer. En otras palabras, en qué consiste mi virilidad y mi feminidad. Porque si Dios me creó varón, quiere que despliegue toda mi capacidad de virilidad, todos los gérmenes que él puso en mi ser. Asimismo, yo como mujer, debo desplegar toda mi capacidad femenina.

Tengo que conquistar mi cuño propio; tengo que perfilar el ser varón o el ser mujer. Y tengo que perfilarlo de tal modo que pueda ser ejemplo, en primer lugar, para mis hijos, y luego en la sociedad. Y mi carácter, en esa especificidad masculina o femenina, no es algo que se da espontáneamente y que esté asegurado. También como ser humano, somos seres en germen, somos una posibilidad de ser. Y esa posibilidad, ese germen de ser hombre, de ser persona humana, puede desvirtuarse, puede malograrse. Conocemos esa frase de Ortega y Gasset: El tigre no puede destigrarse, pero el hombre sí que puede deshumanizar. Llegar a ser lo que uno es una tarea. Somos una posibilidad de ser que está amenazada por factores internos, por factores externos. Igual vale esto para nuestra calidad de varón o nuestra calidad de mujer. Yo nací para ser un varón pero puedo terminar siendo una caricatura de varón, siendo un fragmento de varón. Igualmente, si nací para ser mujer, puede pasar lo mismo, puedo terminar siendo una caricatura de mujer. Nací para ser varón, para ser esposo, para ser padre, pero puedo terminar siendo una caricatura de varón, de esposo, de padre... Igualmente, si nací para ser mujer, para ser esposa y para ser madre, pero puedo terminar siendo una caricatura de mujer, de esposa, de madre... Esta es la gran tragedia, pero también el gran desafío que tenemos como personas humanas, como seres creados con una posibilidad de ser.

Por eso, lo que queremos meditar en este retiro tiene, en primer lugar, un significancia personal. Queremos llegar a la madurez de nuestro carácter; llegar a acuñar, en la forma más perfecta posible, mi ser varón, mi ser mujer.

Sin embargo, este tema no sólo es importante para cada uno de nosotros, en forma personal, sino que también lo es para nosotros como pareja. ¿Por qué? Porque el hecho que seamos hombre y mujer crea una polaridad que tiene una riqueza inmensa y también tensiones, conflictos tremendos. Nos cuesta entendernos, nos cuesta encajar la manera de ser propia con la manera de ser del otro. No es fácil la convivencia conyugal en general. En general, ninguna convivencia es fácil porque tenemos el pecado original y toda comunidad, como decía el Padre fundador, o es una gracia de Dios condensada o es pecado original condensado. Y eso que vale para todos, sin duda alguna se da con mayor claridad en la pareja. Y cuando pensamos que ese varón y esa mujer están heridos por el pecado original, esa convivencia es más conflictiva aún.

Abocarnos ahora a la relación de pareja, a la santidad de la pareja en la polaridad y originalidad de cada uno, creo que nos quiere abrir horizontes, ayudar a conquistar una vida de pareja mucho más feliz. La santidad significa felicidad. Un santo triste es un triste santo. Así también, un matrimonio triste, es un triste matrimonio; una santidad de matrimonio que no vaya aparejada con la felicidad, sería una aberración. Dios no quiere ese tipo de santidad. Los conflictos que se suscitan entre nosotros, muchas veces se deben a no haber sabido abordar a fondo nuestro modo de ser propio, diferente.

Muchas veces pecamos por querer meter al otro en nuestras categorías. Muchas veces la manera en que reacciona nuestro cónyuge nos irrita y nos pone de mal humor; no entendemos por qué actúa así y queremos que actúe, que piense como nosotros actuamos y pensamos; que aborde las cosas como nosotros lo hacemos, de acuerdo a

nuestra sensibilidad masculina o femenina. Tratamos de amoldar al otro y esto produce un constante conflicto. Una mujer siempre sentirá como mujer, y un varón siempre lo hará como varón, y no podemos hacer cambiar su ser a nuestro cónyuge para adecuarlo al propio ser.

Muchas veces aplicamos nuestra originalidad al otro o nos sometemos servilmente a la manera de ser del otro, nos "acomodamos". Y eso significa perder la riqueza propia y original, lo que soy.

También, lo que muchas veces sucede, nos dividimos: esto te corresponde a ti como mujer, esto me corresponde a mí como hombre; éste es tu campo, éste es el mío, tú no tienes por qué meterte en mi campo, yo dispongo en él, hago y deshago; tú, en tus cosas. Es una separación de "bienes" entre ambos.

O podemos hacer lo que Dios quiere: logramos entendernos respetándonos, apreciándonos el uno al otro, complementándonos, asumiendo lo hermoso que tiene la otra manera de ser, incorporándola en la propia manera de ser siendo lo que tengo que ser de acuerdo a lo que Dios me pide que sea.

Hay otra faceta de esto. El esforzarnos por encarnar nuestra virilidad y feminidad es decisivo para nuestros hijos. La imagen que ellos tengan de hombre y de mujer será la que ellos vean en nosotros como papá y como mamá. El miedo al varón, el miedo a la mujer, tiene su raíz psicológica en el miedo al papá o en el miedo a la mamá, a cómo se comporta el papá o la mamá. La confianza, la entrega, la tranquilidad, la seguridad ante la mujer o ante el varón, depende de cómo se ha vivido esa masculinidad o esa feminidad en el papá o en la mamá. Es decir, el marido, la esposa, imprimen en el subconsciente de sus hijos una imagen de varón o de mujer, positiva o negativa, no sólo por lo que dicen o imponen como normas o valores en él, sino que básicamente por lo

que son como personas, por lo que irradian. Y eso será para toda la vida. Y si no ha sido una imagen correcta tendrán que luchar tremendamente para superar esa actitud negativa instintiva de rechazo, de temor, de sujeción de tantas deformaciones psicológicas frente al hombre o frente a la mujer

Por lo tanto, abocarnos a trabajar nuestra virilidad y nuestra feminidad es un deber no sólo por nosotros mismos, como matrimonio, sino que es un deber para con nuestros hijos. Ellos tienen que experimentar en nosotros la alegría, si son hombres, de ser hombres, y la alegría, si son mujeres, de ser mujeres, sin ningún tipo de complejos respecto a lo que Dios les regalo en su cuerpo y en su alma. Ellos tienen que ver en nosotros la maravilla de la complementación del hombre y de la mujer.

Algo más todavía y en lo cual quisiera detenerme un tiempo más largo.

No se trata sólo de arreglar nuestro nido, que nos arreglemos entre nosotros como matrimonio. Se trata de algo que tiene una mayor trascendencia, de la familia. La viga maestra de la sociedad es la familia, es la cuna del humanismo, como lo dice Juan Pablo II. No solamente en el sentido de que se educan hijos sino que se educan hombres y mujeres que están en medio del mundo. Lo que pasa en el hogar trasciende, traspasa toda la red social de un país. Toda la estructura de un país está edificada sobre la base de hombres y mujeres. Y si esos hombres y mujeres no son realmente varones o mujeres, en el pleno sentido de la palabra, todo el edificio social tambalea.

Lo que es la pareja humana, lo que es la originalidad femenina y masculina determina la cultura. Y nosotros, como movimiento, fuimos llamados, por nuestro Padre, a ejercer una poderosa influencia en el desarrollo cultural de occidente. Recordemos la plática del 31 de Mayo: Creemos que desde aquí, la Mater nos llama a ejercer una poderosa influencia en los destinos de la Iglesia de Occidente.... Vemos cómo Occidente camina a

su ruina y creemos que desde aquí, estamos llamados a una obra de salvataje, de construcción y de edificación...

Schoenstatt no es ni siquiera una obra de renovación de la Iglesia, sino que va más allá todavía. Quiere renovar la Iglesia para con la Iglesia y en la Iglesia, renovar la cultura. Y la cultura se determinará, en gran parte, por el hecho de que podamos educar y dejar como semilla hombres auténticamente varones, viriles, y mujeres auténticamente mujeres. Si pensamos en la confusión de los sexos que existe hoy día...; ya no hablamos de sexo masculino y sexo femenino sino que se habla de género, y cada uno tiene que ser su género. ¿Y cuál es el género? Masculino, femenino, homosexual, lesbiano, hermafrodita, bisexual. Y esto es lo que está penetrando en todas partes. Escuchaba en un foro decir a uno de sus integrantes: Lo que me importa es lo que es como persona. Que sea homosexual, lesbiano, no importa, eso es secundario... lo que importa es la esencia, quién es esa persona...

Esto es lo que el P. Kentenich llama la revolución del ser. Hay revoluciones morales, la homosexualidad puede ser una anomalía que es muy dolorosa, puede ser una aberración moral. Pero otra cosa es decir que ser homosexual es una manera de ser tan normal, tan justa, tan valerosa como la ser de varón o mujer. Esto es una revolución que carcome toda la realidad, la familia en primer lugar. Y tenemos familias de homosexuales, y por ley, como es el caso en Europa. Y esto está llegando a nuestro país. No podemos seguir diciendo que nada nos llegará, que nada nos tocará. Ya tenemos la droga en nuestros jóvenes, en nuestros ejecutivos y hombres de empresas. La ruina de Occidente nos está llegando desgraciadamente. Frente a esta ruina tenemos una sola ventaja: que nos llega con retardo y que por eso podemos reaccionar a tiempo. Pero si quienes tenemos mayor lucidez, si quienes hemos sido llamados por Dios para reaccionar, no lo hacemos, tendremos una situación muy grave, porque la corriente es

demasiado fuerte. Pensemos, por ejemplo, lo que pasa en España, baluarte de la Iglesia, de la fe católica. De ella recibimos la fe en este continente. Nadie pensaba, cincuenta años atrás, en un España no católica. Un político le decía: España, no reconocerás ni a tu madre, la Iglesia...

En esa situación estamos nosotros. Por eso, si nos preocupamos de esta viga maestra de la cultura, estaremos haciendo una obra que tendrá una trascendencia por siglos. No sacamos nada con arreglar el techo de la casa o parchar una muralla, si no reparamos los cimientos que están malos. Nosotros, en Schoenstatt, queremos trabajar desde los cimientos. Por cierto que no sólo en los cimientos sino también en todas las otras partes que están fallando. pero no queremos caer en el error de arreglar el techo, las formas, las estructuras, las leyes políticas, económicas de un país, que es también necesario, pero sin ir a la base de toda esa estructura.

Supongamos que, en el mejor de los esfuerzos, logremos una excelente ley sobre la familia, una ley contra el divorcio. Pero si no logramos un cambio en el plano de la cultura, de los valores, de las costumbres, del estilo de vida que determina las formas, no estamos atacando lo decisivo. Pueden haber formas, pero si tenemos otros valores, encontraremos los requisitos legales para vivir de acuerdo a mis propio criterios y hacer lo que quiero. Y lo central es dónde formamos el criterio y cuáles son los valores. Estos se gestan en la familia.

La valorización de la masculinidad, de la feminidad, de la relación de pareja, en último término el lugar que le damos a Dios en nuestra cultura, todo esto se da en la familia. Si no recurrimos a Dios estamos edificando sobre arena, porque el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios. Y la imagen de Dios, la presencia o ausencia de Dios que tengamos, determina lo que el hombre piensa del hombre. Si no tenemos a Dios, cada

uno puede pensar cualquier aberración respecto a lo que significa ser hombre, ser mujer, sobre lo que significa la familia, procrear o gestar artificialmente o manipular la vida, etc.

Por eso, esta reflexión nos quiere llevar a pensar un poco más, en la perspectiva cultural, lo que ha sido el varón en los últimos siglos y qué ha sido la mujer en los últimos siglos.

Ahora diremos algo más teórico, pero creo que es importante abordarlo porque de lo contrario corremos el peligro de pensar este problema en una dimensión pequeña, sin mayor trascendencia y que esperamos que este retiro nos sirva para arreglar nuestra situación y entendernos mejor. Esto también lo esperamos, pero sin duda nosotros nacimos para cosas grandes, tenemos una trascendencia enorme; somos una luz que el Señor encendió en Schoenstatt, en Bellavista. Y esa luz no podemos ponerla debajo de la mesa sino que es para alumbrar el mundo. Nosotros fuimos pensamos por Dios no como tropa sino como oficiales del ejército. Aquí están los oficiales y éstos tienen una responsabilidad mayor. Y por eso nos planteamos también las preguntas desde esta perspectiva más amplia:

¿Qué ha pasado en los últimos siglos?

Hubo un proceso que se inició en el Renacimiento, un proceso que significó un cambio progresivo y cada vez más radical de una época teocéntrica hacia una época antropocéntrica. La Edad Media había sido dominada por Dios, por la presencia de Dios. Poco a poco, el hombre va tomando conciencia de sí mismo, de la realidad del mundo, de lo grande que tiene entre sus manos. En el fondo, de que él es el rey de la creación. Va tomando conciencia de sí mismo, de su poder, de su grandeza, como hombre. Y va recibiendo instrumentos que ese sentir nuevo se afirme, se acentúe. Empiezan los descubrimientos y al hombre se le abren nuevos horizontes; empieza a

conquistar nuevos continentes, nuevas tierras. Ve lo que puede hacer por su inteligencia, por su razón. Y viene toda una época en que el hombre se fascina con el poder de la razón. Pensemos lo que fue el Iluminismo. La razón es capaz de dominar el mundo; la razón lleva al hombre a elaborar nuevos planes, a forjar nuevas técnicas, a descubrir las ciencias, a sacar todas las potencialidades que tiene y eso le fascina y le cambia el sentimiento de vida. Y siente que no necesita más de Dios; Dio le parece no ser tan importante, que no tiene mucha injerencia en lo que hace, que él por sí mismo es capaz de dominar, de pensar, de dictaminar, de crear, de manejar. Es el sentimiento, de alguna manera sano, que brota a partir del proceso cultural que se inició con el Renacimiento.

Esa cultura se va haciendo cada vez más una cultura de la razón, del pensar, termina en el racionalismo; es la cultura de la ciencia, del poder, del organizar, del analizar. Y ese hombre que se descubre a sí mismo, que recibe los refuerzos de los descubrimientos, de la revolución industrial, se siente autónomo, dueño del mundo y capaz de manejarlo con su razón y su técnica y se siente un pequeño Dios. Y el mundo, la cultura que va forjando hace que el varón vaya asumiendo todos los puestos claves en el desarrollo de la vida, de la cultura, de las ciencias, del progreso, de la técnica. Es una cultura dominada por los varones, por los valores masculinos. Y esta cultura va relegando la presencia femenina al hogar de tal modo que, en aquello en que se decide la vida, prácticamente es el varón quien comanda todo. Y a la mujer se le deja el reducto del hogar. Y en el hogar, ¿quién es? En el último siglo es una máquina que engendra hijos y muchas veces pasa a ser la sirviente del hombre, que tiene que estar a disposición del hombre para satisfacer su apetito sexual desordenado, de dominio, o para hacerle lo que él requiere, como un pequeño pachá.

Todo esto es un proceso que hemos vivido muy intensamente y que ha durado siglos. No es que la mujer no haya tenido ninguna importancia en la cultura -lo cual sería

imposible e impensable- pero sí lo preponderante fueron los valores masculinos y sobre todo la diosa razón, el racionalismo. La razón engendra monstruos, dice un cuadro de Goya que representa a Rousseau durmiendo y de él salen monstruos. Ahora está expuesto en el Centro de Extensión de la Universidad Católica.

Un mundo puramente racional, manejado por hombres que organizan, que les gusta el poder, que quieren conquistar, que quieren producir, que quieren dominar, es un mundo tremendo que termina deshumanizándose, convirtiéndose en una máquina. Ese es lo que hemos vivido nosotros, porque ha faltado la presencia de la mujer, de los valores femeninos. Es una cultura que no da valor a los sentimientos del corazón, porque el corazón no cuenta en ella. Porque hay que producir, acelerar los procesos; hay que racionalizar, hay que ser "objetivo", "frío"; es necesario planificar. Todas palabras y términos que son los caballos de batalla de esta cultura. Y no podemos quedarnos en los sentimientos del corazón porque eso no produce.

Todo esto dio nacimiento a las ideologías típicamente masculinas, productos de todos estos siglos de racionalismo, de idealismo, de secularismo como es el marxismo, que es la glorificación, la quinta esencia de la masculinidad. Es tan tremendo, incluso, que quiere humanizar y preocuparse de los pobres, de los que no tienen, pero que no tiene ningún reparo a conseguir este objetivo por medio de la dictadura, de la tiranía. Pensemos, por ejemplo, lo que fue Stalin. Había que despejar, que quitar todo aquello que fuera obstáculo para una futura sociedad igualitaria, humanitaria, libre, pero con brutalidad, con bestialidad. Pensemos también lo que fue Hitler. Sin duda que son casos extremos, pero reflejan el sentir de una época, sin la cual no hubieran sido posible este tipo de líderes. Hubo una cultura que los favoreció y ellos son simplemente catalizadores de lo que existía. Más de 60 millones de seres humanos murieron en la segunda guerra mundial. ¿De qué es producto todo esto? ¿De dónde viene todo esto?

Pensemos en nuestra sociedad. Pensemos en el capitalismo liberal a partir de la revolución industrial, que produjo el proletariado, la explotación de los obreros. Se dio en esa realidad cultural que nos ha regalado lo que estamos viviendo actualmente. Aunque, en nuestro siglo, la realidad, la ruina de Occidente como dice el P. Kantenich, ha sido tan desastrosa que han surgido espontáneamente reacciones pendulares. La primera, desde comienzos de siglo, es la reacción feminista. En un momento dado la mujer siente el peso de esta cultura que la ha esclavizado y no puede seguir soportando esta situación a la cual ha sido sometida. Y siente su dignidad, siente que tiene que hacer valer sus derechos. Y empieza una lucha frontal con todas las corrientes feministas de nuestro siglo que hoy están en su apogeo.

Tenemos ante nosotros la reunión de Pekín. ¿Qué hay detrás de todas las posturas feministas? Hay una rabia, una reacción instintiva frente a los siglos de opresión que ha vivido la mujer. Hay un reacción originalmente sana, porque no es ése el lugar que Dios asignó a la mujer en la cultura en los últimos siglos. Dios no pensó así a la mujer.

Cuando el hombre toma conciencia de su autonomía, viene la retirada de Dios, el aparta a Dios de la vida, y el hombre corta el cordón umbilical y va dejando de lado a Dios. Primero fue el deísmo de los masones. Dios, el gran Arquitecto, existe, es el creador del mundo, pero después se despreocupa de él. Ese fue el primer paso. Más tarde sigue otro paso. Dios es un Dios Idea, ya no es el Dios personal, el Dios nuestro, el Dios de la vida, sino que es un Dios sobre quien se piensa. Luego viene otro paso: Dios sí, pero no importa tanto su existencia. Dios no tiene injerencia en la vida, en la sexualidad, en la economía, en los negocios, en el trabajo. Dios es indiferente.

Y hoy estamos en un último paso: El hombre también experimenta una reacción pendular, no puede vivir sin Dios. Y aparece el dios de la new age, el Dios impersonal,

panteísta, de las religiones orientales. Con esta realidad de Dios, ante esta ruina cultural, las reacción que se producen en su origen y que son positivas son fallidas. La reacción feminista es fallida porque la mujer no mira a quien la creó a su imagen y semejanza. La revolución social que es paralela a todo esto, es un grito femenino, si uno la mira más a fondo. Porque hay que preocuparse de los débiles, hay que formar familia, todos tenemos derechos, todos tenemos un lugar... Es decir, la reacción es sana pero se malogra en el camino, se enferma, se corrompe, porque no está Dios presente.

Esta corriente de la new age que nos está llegando ahora a nosotros, pero que hace decenios que está presente en Europa, es una reacción feminista de la humanidad que pide que la dejen ser, que es un grito casi adolescente de una humanidad que está tan manejada, tan manipulada, tan racionalizada. La reacción hippy es también una reacción adolescente frente a una sociedad hipervirilizada.

El balance para el hombre de todo este diagnóstico es bastante trágico. El varón empieza creyéndose un titán, un rey. Empieza a armar el mundo, cree dominar todo con su razón; entra en la fascinación de la ciencia con todo su ser y ese hombre termina destruyéndose interiormente, se queda vacío y se derrumba. Porque hay variables que no puede dominar, porque no es dios y quiere ser dios. Quiere manejar todas las variables pero, en último término, las riendas se le escapan y no puede. Y frenéticamente trata de dominar, y en ese esfuerzo titánico de dominar todas las variables ya sea por el poder, por la propaganda, por el dinero, por la política, por las armas, etc., se derrumba como hombre y cae en el stress, en la depresión. Y el hombre termina siendo derrotado, destruido. Como el P. Kantenich dice, termina siendo un fragmento de hombre, un caricatura de hombre.

Y en el último desarrollo, cuando este hombre fracasa frente a su titanismo, se convierte en un pobre hombre, es el *hazme reír* de todos, empezando en su propia casa, de su esposa, de sus hijos. Es el papá de la Mafalda. Es un pobre hombre que no se atreve a decir nada de su hogar, que trata de ser amigo con sus hijos, pero que no es capaz de asumir el timón del hogar, de ser el jefe del hogar. Y cada vez más, son las mujeres que asumen este papel de ser jefes del hogar. El hombre tiene que recurrir al alcohol, a las drogas. Viene tan cargado de tensiones, desde los niveles más primarios, que llega a su casa pidiendo un traguito, un whisky, y otro whisky y otro y otro hasta transformarse en un alcohólico. Y ese drama lo estamos viviendo constantemente. Y de este alcoholismo al alcoholismo declarado hay un paso. Es lo que sucede cada vez más y es lo mismo que sucede con la droga.

Y esto porque el hombre ya no resiste la presión del ambiente, porque no está hecho para ser titán sino un rey de la creación, pero un rey dependiente, un niño ante Dios. Y en el momento en que el hombre corta con este cordón umbilical y que quiere ser ese rey sin Dios, el hombre se convierte en un pobre hombre, alcohólico, en un hazme reír. Y cada vez más se da esta realidad y una vez que se entra en el vicio es tremendamente difícil salir.

¿Qué ha pasado con la mujer? En una primera reacción, la mujer dice que vale lo mismo que el hombre, que puede más que el hombre, que puede ocupar los mismos puestos que el hombre ocupa y está dispuesto a demostrar que ella es tan capaz o más que el hombre. Si el hombre puede ser ingeniero, ella también lo puede, si el hombre es presidente de la República, ella también es capaz de serlo. Y de nuevo se extrapola, pierde lo más hermoso que tiene, su feminidad. Se valora, se mide, con las categorías del varón. O también se dice que para dominar al varón está dispuesta también a hacerlo exaltando su cuerpo, su sexualidad, su atractivo sexual. Y se engaña y pasa a ser más esclava aún. Y

nos damos cuenta que la realidad cultural de la mujer es tremenda hoy día. Vemos a la mujer optando por el lesbianismo, porque el hombre no es capaz de darle el cariño que necesita. Estas corrientes son subproductos de esta cultura que hemos engendrado.

Y en toda esta cultura nefasta, Dio es el gran relegado.

Y ¿qué nos dice el P. Kentenich? "Creemos que Occidente camina a su ruina y creemos que estamos llamados, desde aquí, a una obra de salvataje, de construcción y de edificación". Por eso, queremos pedirle a nuestra Madre y Reina que nos haga abanderados de la nueva evangelización, abanderados, una avanzada de la nueva cultura. En todas esas reacciones que emergen, hay una reacción cristiana. Símbolo de ello es Juan Pablo II. La reacción que hay contra Juan Pablo II nos indica que estamos en medio de una lucha inmensa. Dios está interviniendo, está tratando de hacer surgir otra realidad.

La pregunta de Juan Pablo II sobre la cultura del tercer milenio debe ser también nuestra pregunta, porque es la pregunta del P. Kentenich. Estamos edificando para el próximo siglo; estamos poniendo las bases para el tercer milenio. Ustedes ya lo están haciendo con sus hijos.

En la próxima charla queremos ver cómo cada uno de nosotros está llamado a ser una imagen de Cristo y una imagen de María. Cristo, el hombre perfecto, el nuevo Adán, y nosotros imágenes suyas. María, la nueva Eva, y nosotros pequeñas María, junto a Cristo.

Terminamos aquí esta charla. Queremos pedir al Señor y a la Mater que nos hagan sentir el regalo que tenemos en nuestro Padre, en nuestro Santuario; sentir la presencia de Dios

aquí en este lugar santo de Bellavista. Quisiéramos que en nuestra militancia surja una nueva realidad en nuestros matrimonios. Queremos pedir esto como regalo.